

# TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

: HESPERIA :

POR

MICROME GAS

## LA MUJER Y LA ARTISTA



EN cierta ocasión un amigo nuestro nos dijo:

— Acabo de ver a la Hesperia en *La Dama de las Camelias* y me ha parecido un maniquí de Paquin.

Conviene advertir que este amigo nuestro era un admirador entusiasta de la Bertini. Tan admirador y tan entusiasta que llamaba a la creadora de *El Proceso Clemenceau* la primera trágica del mundo, sin respeto alguno para esas figuras enormes de la tragedia, que son y han sido en el teatro hablado, Sarah Bernhardt, Rêjane, Duse, y en el teatro mudo, la inimitable Lyda Borelli.

Por eso nosotros sonreímos con un poco de ironía, al oír la aventurada opinión. Y pensamos que muchos espectadores del nuevo arte no pueden sustraerse a la pasión, que les obliga a hacer comparaciones lamentables.

Cuando se estrenó *La Dama de las Camelias*, creada por la Bertini, y apareció poco después la misma obra interpretada por la Hesperia, los incondicionales de una y otra actriz tuvieron ocasión de andar a la greña. Y no la desperdiciaron. Se entablaron verdaderos pugilatos entre los dos bandos contrarios, en los cuales cada aficionado hacía resaltar los méritos de su actriz predilecta.

Eso le aconteció a nuestro amigo. Acostumbrado a las estridencias de la Bertini, a sus retorcimientos, a su arte, que podríamos llamar *churrigueresco*, si es permitida tal palabra para señalar la idiosincrasia de una actriz, halló un poco frío, un poco apagado el arte sereno de la Hesperia. Y, desde aquel momento, sin interesarle ya la creación que contemplaba, dedicó su atención a lo accesorio, y vió en Hesperia una mujer muy elegante, muy bella, muy acostumbrada a recibir el tributo de admiración de los hombres. (Nosotros creemos que así debía ser en su vida, tan teatral, Margarita Gautier.) Entonces, pensando que había sido defraudado, nuestro amigo salió del cine, diciendo:

— La Hesperia es como el maniquí de una casa de modas.

Reconozcamos que mentía nuestro amigo.

La Hesperia, como mujer, nos interesa profundamente. Su belleza no es de esas bellezas trágicas que hacen pensar en algo fatal. Es una belleza serena, suave, muy latina y muy clásica. Una belleza que Rafael hubiese deseado para servir de modelo a una Madonna y que Van Dick hubiese llevado al lienzo en uno de sus aristocráticos retratos.

Los escultores griegos, aquellos adoradores de la belleza de la línea, verían en el cuerpo de Hesperia el modelo ideal, y de vivir en los tiempos amables de Alcibiades, seguramente ganaría premios de honor, al presentarse desnuda en los concursos de belleza.

Y nosotros, que amamos sobre todas las cosas el ideal de belleza de los clásicos griegos, nos inclinamos, admirados, ante esta mujer, que tiene el pudor de ocultar, bajo las sedas y las gasas de los costosos vestidos, su cuerpo bello de Diana.

Además de su belleza, tiene Hesperia el talento especial de saber vestirse. Pocas artistas del lienzo nos darán desde la pantalla una sensación tan completa de elegancia. Por lo general huye esta actriz de los tonos claros, que no sientan del todo bien a su belleza pálida, y a menudo la vemos con trajes negros, de terciopelo o de seda, que hacen resaltar la blancura de su rostro y de sus brazos.

Es así como más nos gusta la Hesperia. Estos trajes prestan a sus ademanes una majestad y una dignidad conmovedoras. Y cuando el dolor pinta sobre su rostro una marca angustiosa, parece que estos vestidos, tan severos y tan sencillos, se asocian a su pena, añadiéndole un encanto nuevo.

Y ya que tratamos de bosquejar la figura de esta mujer en el lienzo, no podemos pasar por alto una nota característica.

Al revés de otras artistas, Hesperia huye de las exageraciones

en el vestir, y no recordamos haberla visto nunca con la ropa cedida al cuerpo, como ocurre con la Bertini, que en todas sus creaciones se nos aparece como envuelta en una pieza de seda, dando la impresión de que para ella no existen las modas. La artista de que nos ocupamos, elegante sin necesidad de recurrir a efectismos *demodées*, se nos presenta siempre muy bien vestida, maravillosamente vestida a la última moda, sin olvidar un detalle de buen gusto, pero sin añadir tampoco una nota que se salga de la realidad.

Y sobre esto, que a nosotros nos parece encantador, añade el alarde simpático de aparecer casi siempre sin joyas, sin esa ostentación de las joyas, que pronto será desechada por las gentes de buen gusto, gracias al abuso que de ellas hacen las *parvenues* creadas por la guerra.

Y pasemos a su arte.

El arte de la Hesperia es un arte complejo y sincero. No estamos de acuerdo con los que niegan emoción al arte de la actriz italiana. Para nuestro gusto, su manera de hacer, tan serena, tan suave, tan sin estridencias para galería, reúne una cantidad mayor de emoción que la de cualquiera otra actriz de Italia.

Sin alejarse completamente de la escuela italiana, Hesperia, por una aristocracia espiritual, desdeña las poses forzadas, los ademanes excesivamente afectados. Ella comprende perfectamente que para mostrar el dolor no es necesario retorcer el cuerpo, ni colocar los brazos en arco sobre la cabeza. Es más emocionante y más humano que el rostro refleje de una manera plástica los sentimientos. Y así, en sus creaciones, procura siempre que su rostro sea como el espejo del alma del personaje al que da vida.

Por eso nos cautiva el arte de esta actriz. Porque él realiza el milagro de ser complicado y sencillo a la vez. Porque en él vemos una cantidad enorme de sinceridad, de esa sinceridad que es la que presta verdadera emoción a las creaciones de los artistas.

**L A S C R E A C I O N E S D E**  
**H E S P E R I A :: S U S O B R A S**  
**: : : : M A E S T R A S : : : :**

Nuestros lectores conocerán, sin duda, esas estupendas creaciones que Hesperia ha hecho para la Tiber.

La habrán admirado más de una vez en *L'Aigrette*, y la habrán deseado en *El Vértigo*, y la habrán amado en *La dama de corazón*, y habrán sentido con ella en *Madame Flirt* y *En el rostro del pasado*.

A nosotros, también, esas creaciones, tan personales y tan modernas, nos han obligado a amar y a admirar a la gran artista.

Hesperia es la intérprete inimitable de estos dramas modernos, en que hay siempre una recia figura femenina que sirve de eje a la obra. No busca ella el triunfo fácil en otros personajes menos complicados, donde bastan unas cuantas lágrimas y unos cuantos suspiros para apoderarse del público sensiblero que llena las salas de cinematógrafo. No. Ama ella lo difícil, lo que requiere un talento excepcional para penetrar en la psicología, a veces contradictoria, de un personaje, lo que necesita de un estudio amplio y concienzudo. Y, de este modo, la vemos triunfar en la interpretación de caracteres refinados, a los cuales un exceso de civilización inyectó anhelos imprecisos y desmayos injustificados.

Por eso tienen un encanto tan sutil las creaciones de esta actriz famosa.

Y ya que de sus creaciones hablamos, no podemos resistirnos a la tentación de reproducir aquí una impresión muy justa sobre *Madame Flirt*, debida a la pluma del crítico cinematográfico Ezequiel Moldes.

He aquí el artículo en cuestión:

«Se ha estrenado con gran éxito la película *Madame Flirt*, de la Tiber.

Pertenece esta cinta a un género de producción de que ya nos han dado varias muestras las manufacturas italianas, influenciadas por esa literatura, un poco enfermiza, que eleva un trono a la belleza pura, a la belleza clásica y rechaza la fealdad con un gesto de repugnancia.

Es esta cinta un poema de belleza y de amor. Es como una página de D'Annunzio, el prosista inmortal, o como un cuadro de Tiziano. El culto a la estética se observa a través de las escenas saturadas de poesía, de una poesía honda y sutil, que llega al alma del espectador y penetra en ella como la acerada punta de un puñal, cuyo mango estuviese labrado por Benvenuto Cellini.

Roberto y Gracia se aman intensamente, ardientemente. Un día, una catástrofe vulgar pone en el rostro de ella unas quemaduras horrorosas, que deforman aquella cara de Madonna romana. Y Roberto, al verla, siente una repugnancia infinita hacia la mujer a quien tanto amó, y en una vida de orgía y de locura pretende ahogar la voz doliente de aquel amor que destroza su alma.

Mediante una condición afrentosa — la de la posesión del cuerpo de Gracia, — un caballero indio, conocedor de los secretos de la magia, devuelve a aquella mujer su belleza perdida. Y ella, que sólo había deseado volver a ser hermosa para gustar el placer de vengarse de Roberto, cae otra vez, rendida de amor, en los brazos de él.

Una nube de dicha envuelve a los dos amantes. Pero, un día, amenazadora, surge entre ambos la promesa hecha por Gracia al caballero indio. No hay más remedio que ceder o morir. Y ella



STRES

Hesperia

Caricatura de Stres

prefiere morir. Y para Roberto son los últimos besos, unos besos cálidos, de pasión, que poco a poco la muerte va enfriando...

Tiene esta película escenas y momentos de gran intensidad dramática. Tiene otras escenas de un mundanismo elegante y refinado. Los personajes secundarios están escogidos con acierto. Y vemos dos *cocottes* que son un prodigio de picardía y desenvoltura. Y vemos un ayuda de cámara o mayordomo, perfectamente ajustado a su papel, trabajando con todo el empaque y toda la corrección de un lacayo de casa grande.

Hesperia y Tulio Carminatti son los protagonistas de *Madame Flirt*. Hesperia nos ha convencido más que en otras películas suyas. La vemos más comprensiva, más posesionada de su papel, trabajando con entusiasmo, no con esa frialdad suya de muñeca bonita y cara. En algunos momentos, la gran cantidad de emoción que pone en su labor llega hasta nosotros. Y a nuestro pesar nos sentimos conmovidos.

Tulio Carminatti es el artista de siempre: elegante y discreto. A veces un poco afectado, con una afectación de buen tono. En la escena final pierde su pose estudiada y es sincero, romántico y natural, como conviene a aquella escena de dolor inmenso en que la Fatalidad rompe brutalmente el idilio de dos almas que habían nacido para amarse.

Es, en suma, esta película un drama bellísimo y emocionante, merecedor del éxito que alcanzó.»

**EN EL REINO DE LA**  
**FRIVOLIDAD**

No soñaba Hesperia con el cinematógrafo. No pensaba siquiera en que el arte mudo reservaba también oro y laureles para sus artistas.

Alejada totalmente de la esfera donde el cine se iba desarrollando a pasos agigantados, Hesperia triunfaba en un reino diminuto y luminoso: el Reino de la Frivolidad.

Desde muy niña había mostrado su afición desmedida por las tablas, y cuando su cuerpo apenas estaba formado, y en su alma niña germinaban los primeros deseos, ya era aplaudida en unas danzas clásicas y modernas que interpretaba sobre los tablados de los *music-halls* elegantes.

Así empezó su carrera artística la que hoy es una de las más sólidas figuras de la cinematografía italiana.

Después, su ambición insaciable de gloria la empujó a estudiar el canto. Fueron aquellos unos meses interminables y angustio-

sos para la actriz, cuyo temperamento inquieto no se avenía con la lentitud abrumadora de las lecciones de solfeo.

Por fin, en el año 1909, pudo debutar en Florencia como tiple cantante de una buena compañía de opereta, recorriendo después, con la misma compañía, una buena parte de Italia.

Pero al encontrarse de nuevo en Roma pensó que aquel arte no satisfacía sus aspiraciones, y se dedicó al teatro de verso, formando parte de la compañía de Ermete Novelli. Fué allí donde empezó a familiarizarse con las grandes creaciones de los dramaturgos modernos. Y en noches de fiebre y de insomnio, esta mujer ambiciosa de la gloria, trató de penetrar en las almas nebulosas de las mujeres de Ibsen, y quiso llegar hasta el corazón de las mujeres frívolas y pasionales de Sardou, y buceó en las psicologías extrañas de las alucinantes figuras femeninas de Roberto Bracco, y deseó poder dar al público la sensación completa de belleza que encierran las mujeres de D'Annunzio.

Puede decirse que esta época fué la que en realidad formó el espíritu de Hesperia, redimiéndola de pasados yerros. Su talento, inactivo, halló una noble ocupación en el estudio de aquellos caracteres femeninos, y al lado de Ermete Novelli, esa gran figura de la escena italiana, moldeó su alma, abriéndola a todos los dolores humanos, con un gesto generoso y altivo.

Pero, en su juventud agitada, tropezó siempre Hesperia con un enemigo poderoso que le cerraba las puertas de la gloria: su temperamento inquieto y desordenado.

Cuando ya tocaba con sus manos el triunfo, esa inquietud le obligaba a volver atrás, a buscar un nuevo camino para recorrerlo, gozando al salvar los obstáculos que le cerraban el paso.

De ahí que, cansada repentinamente del arte dramático, volviese de nuevo a los tablados de los *music-halls*, haciendo alarde de su belleza tentadora, que volvía locos a los hombres y sembraba la envidia entre sus compañeras.

Y al verle interpretar, de un modo frívolo y descocado los cuplés en boga, nadie creería que aquella mujer había vivido, sobre escenarios más elevados, el alma compleja de Nora...



**UN SALTO PELIGROSO ::**  
**: DEL CUPLÉ AL CINE :**

Corría el año de 1912, y Hesperia, en el Teatro Apolo, de Roma, se apoderaba del público todas las noches, con su precioso número de atracción.

Pero una noche ocurrió un cosa imprevista.

El barón Fassini, director de la casa Cines, era un admirador entusiasta de la artista y un habitual a las reuniones de su camerino, donde, en una mescolanza pintoresca, coincidían bohemios, burgueses y aristócratas.

Aquella noche, el barón rogó a Hesperia que le acompañase a visitar los estudios de la Cines, y la proposición fué aceptada por la actriz.

Y cuando se terminó el espectáculo, un auto, rodando por las afueras de la población, conducía a las galerías de la Cines al barón Fassini y a la hermosa Hesperia.

La actriz había aceptado visitar el estudio, solamente por curiosidad, por conocer, un aspecto de arte, que ignoraba en absoluto. Recorrió las galerías, vió posar a algunos artistas, y ya se disponía a marcharse, cuando el barón le propuso interpretar alguna escena dramática, que sería tomada por un operador y que quedaría en su poder, como recuerdo de la visita.

Trató de oponerse ella, pero su amigo no era hombre que desperdiciase las ocasiones, y a pesar de lo avanzado de la hora, había mandado a buscar las ropas de la artista al hotel donde se hospedaba.

No hubo modo de negarse, y Hesperia, comprendiéndolo así, preguntó al barón:

— Pero, veamos, ¿qué es lo que tengo que hacer?

— Muy sencillo — le respondió el director —. Por ahora, y para empezar, una muerte por envenenamiento con estricnina...

— ¡Ah!... ¿Una muerte para empezar?... Está bien.

Y ante un grupo de personas competentísimas en la materia, la bella actriz interpretó magistralmente aquella escena intensamente dramática.

Interviuvada varias veces y preguntada sobre ese su debut cinematográfico, la estrella contestó:

— No tuve tiempo ni de pensar en lo que iba a hacer. Sólo sé que, al encontrarme ante un grupo de personas muy entendidas en cinematografía, que seguramente dudaban de mis facultades como actriz dramática de fuerza, el amor propio me cegó y no pensé en otra cosa que en sobrepasarme a mí misma... Recordé a *Madame Bovary*, la heroína de Flaubert, recordé su náuseas, la sequedad de la boca, los dolores horribles, los sudores de muerte...



Retrato de HESPERIA

HESPERIA y sus grandes creaciones



En «Quimeras»



HESPERIA en «L'aigrette»

Y tanto me posesioné del papel, que me puse enferma en realidad, y desde el estudio el auto me tuvo que llevar a casa.

Al día siguiente, el barón Fassini se presentó en el hotel donde residía Hesperia, y le ofreció un contrato ventajoso para trabajar en la Cines. Y Hesperia aceptó. ¿No había de aceptar? Ya tenía nuevo campo para lanzar sobre él los caballos desbocados de su imaginación. Ya su talento y sus facultades de actriz dramática iban a encontrar un marco adecuado, más ámplio y más universal que el del teatro.

Y, abandonando el escenario del Teatro Apolo, pasó a ocupar un puesto envidiable en la Cines, aunque no todavía en calidad de primera actriz.

Pero no tardó mucho en llegar su triunfo definitivo, pues al poco tiempo, en la misma casa Cines, se le confiaban papeles de primera actriz, que obtuvieron éxitos resonantes.

Y bien pronto, en los círculos cinematográficos de Italia se empezó a hablar con elogio de aquel astro que surgía, luminoso y espléndido, en el cielo de la pantalla.

Empezaron a llover sobre la artista novel, proposiciones tentadoras de contratos de larga duración, pero Hesperia no aceptó ninguno.

En realidad, ella no estaba muy segura de su arte y temía al fracaso en otra manufactura, lejos de las personas que la habían empujado por el nuevo camino y que le eran ya familiares. Quería perfeccionarse, quería llegar a ser una verdadera actriz de cinematógrafo, y nadie mejor para aleccionarla y corregirla de sus defectos que aquel bondadoso barón Fassini, que seguía siendo su admirador impenitente.

Y así pasaron dos años.

Y llegó la fecha en que expiraba su último contrato con la Cines. Hesperia estaba decidida a renovarlo, a continuar en aquellos estudios, donde, por broma, había entrado una noche para interpretar una escena de envenenamiento.

Pero la Milano Film le ofreció el puesto de primera figura en su elenco, y el ansia de triunfar rotundamente, de ser admirada y envidiada, le impulsó a aceptar aquel contrato tan ventajoso, empezando a trabajar en los nuevos estudios a principios del año 1914.

Allí interpretó varias películas notables. Pero las que consolidaron su fama naciente fueron: *La dicha ajena*, *Atavismo*, *La heredera*, *Después del baile de máscaras* y *En el nido extranjero*.



**AL ESTALLAR LA GUE-  
RRA :: EN LA TIBER**

Cuando estalló la contienda europea, Italia, sin el espíritu práctico de los Estados Unidos, se apresuró a movilizar a los artistas de sus estudios.

Algunas manufacturas cinematográficas se vieron obligadas a cerrar sus puertas. Otras disminuyeron de tal modo la producción, que la vida se hacía imposible para sus artistas.

Tal ocurrió con la Milano Film, que iba languideciendo lentamente, entrando cada día más en un letargo de muerte.

Hesperia se vió obligada a abandonar aquellos estudios, y también como primera figura, entró a formar parte del elenco de la Tiber Film, que conservaba todavía algunos artistas notables.

Puede decirse que ésta es la verdadera etapa artística en la vida de Hesperia. Al entrar allí se dió cuenta de que tenía a su disposición elementos más que suficientes para conseguir el triunfo.

En primer lugar, dirigía aquellos establecimientos un hombre muy culto, de espíritu selecto, que veía con entusiasmo cuanto significase arte y modernidad. Era, y es, este director el conde Baldassare Negroni; él puso al servicio de Hesperia adaptadores concienzudos, para que llevasen a la pantalla las obras famosas que ella misma indicase; él le proporcionó artistas de talento para que trabajasen a su lado; él, en fin, estudió el temperamento artístico de la actriz, buscando nuevas modalidades de su talento, escudriñando lo que la artista guardaba aún en su cerebro y en su corazón, para sacarlo de la obscuridad y hacerlo brillar ante el objetivo de la máquina.

Por eso decimos que la estancia de Hesperia en la Tiber marca el apogeo de su potencialidad artística.

Es verdad que antes de entrar allí ya había dado a la pantalla obras inmejorables, que nadie se atrevería a perfeccionar. Es verdad que su nombre ya era mirado como una garantía de éxito.

Pero, luego, su espíritu se cultivó más todavía, su alma se entregó sin reservas, toda entera al arte, y su belleza empezó a mirarse como algo secundario, un poco obscurecida por la briosidad de su talento.

Y nacieron entonces esas soberbias obras que se llaman: *La dama de las camelias*, de Dumas; *Jou-Jou*, de Bernstein; *La ganga*, de Zola; *La garra*, de Sardou; *Vértigo*, de Doria; *La fibra del dolor*, de Campanili Mancini; *La dama sin paz*, de Regizze Win-ge, y *Quimeras*, de Chiarelli.

En todas ellas, Hesperia nos hizo la merced de su arte, al mismo tiempo grande y delicado. Nos dió la sensación del amor y del

dolor, pero todo depurado, quintaesenciado, sin una estridencia, sin un detalle de mal gusto. Diríase que el dolor, al pasar sobre ella, pierde su repugnancia y se nos presenta como algo muy seductor, como un sufrimiento que nosotros quisiéramos padecer.

¿Conocéis la voluptuosidad del dolor?...

A veces, rompe bruscamente la serenidad de su arte una chispa de genio, un grito sincero arrancado al corazón. Y entonces nos damos cuenta de que además de admirar a Hesperia, la amamos, y todos nuestros sentidos se inclinan ante ella, en un gesto servil de adoración.

### HESPERIA EN SU

:: :: :: TRABAJO :: :: ::

: SUS INSEPARABLES :

Hesperia, como mujer bella y admirada que es, vive en un ambiente luminoso, en un mundillo galante y alegre, que celebra sus fiestas montmartrescas en los *restaurants de nuit* y tiene como reina y señora a la Luna.

La artista cinematográfica no ha podido desprenderse en absoluto de sus antiguas costumbres, cuando era bailarina en los *music-halls* o cuando interpretaba dramas y operetas en los teatros. Y continúa amando a la noche y buscando en sus sombras el placer de vivir.

Sin embargo, acude siempre puntual al estudio.

En las largas temporadas de trabajo, la gran actriz, lamentándolo mucho, abandona su vida habitual y se acuesta temprano, para levantarse a las ocho de la mañana. Tiene que hacerlo así, forzosamente, pues si, siguiendo su costumbre, viviese de noche, al día siguiente su rostro ojeroso y pálido no se podría fotografiar.

A esa hora se baña y luego toma un frugal desayuno. A las diez de la mañana ya está en el estudio, y entonces sale con su compañía y el conde Negroni, a las afueras de la ciudad, con el fin de tomar las escenas de exteriores.

En ocasiones, esas escenas de exteriores se toman fuera de Roma, y cuando tal ocurre, los artistas de la compañía asombran a las gentes por su parquedad en la comida y su orden en las costumbres. Y es que el conde Negroni, director concienzudo, no consiente el menor exceso a los artistas cuando están bajo su mirada inquisitiva.

Cuando las escenas que hay que filmar son de interiores, Ne-

groni ya no exige a sus artistas una moralidad tan estricta. Esas escenas se toman a menudo de noche y los intérpretes pueden volver a su vida habitual, con ligeras restricciones.

Así es la vida de Hesperia en sus casi continuas temporadas de trabajo. Y es seguro que en tales ocasiones, la hermosa actriz echará de menos su libertad de antaño.

Otro de los aspectos interesantes de la vida artística de Hesperia es el momento de elegir un nuevo film. Desde que empezó su contrato con la Tiber tuvo la actriz el privilegio de elegirse ella misma los argumentos que había de interpretar, con el fin de que se adaptasen lo mejor posible a su temperamento.

Pero ella, que poco a poco ha ido conociendo el talento crítico de su director, solicita siempre la ayuda de él para la elección de asuntos.

Entonces se reúnen, bien en casa de ella, bien en un restaurant lujoso, donde, bajo el influjo sentimental de la música de los tziganes, hablan de las obras famosas modernas o de algún argumento que un autor renombrado hizo exprofesamente para ella.

Jamás se ponen de acuerdo en la primera entrevista. Hesperia tiene el espíritu de contradicción y, sistemáticamente se opone a todos los propósitos de su director.

Pero Negroni, hombre mundano, y, sobre todo, gran conocedor del carácter de Hesperia, salva esta dificultad, imponiendo su criterio por un medio ingenioso.

Supongamos que el famoso director quiere a toda costa que su estrella lleve a la pantalla *El ladrón*, de Bernstein. Pues la conversación es poco más o menos la siguiente:

— He pensado hacer adaptar *El ladrón*...

— ¡No! ¡De ninguna manera! El carácter de María Luisa no encaja en el mío...

— Sí; tiene usted razón... Es una psicología demasiado complicada... Pensemos en otra obra.

— ¿Es que usted me cree incapaz de hacer ese papel?

— No, incapaz, no. Ya sé que con un esfuerzo...

— Sin esfuerzo. Yo le demuestro a usted que puedo hacer el papel de María Luisa mejor que cualquiera otra actriz.

— No, Hesperia; no nos salgamos de la realidad. Usted tiene mucho talento, yo soy el primero en reconocerlo y en proclamarlo, pero este temperamento tan exaltado de María Luisa no es para usted... Créamelo.

— Pues ahora quiero hacerlo. Y puesto que en mi contrato figura una cláusula permitiéndome la elección de asuntos, lo haré.

— Es usted muy dueña. Pero lamentaría que por un exceso de amor propio se nublará su fama.

Y el conde Negroni vuelve la cabeza para sonreírse como pudiese hacerlo Maquiavelo.

Claro está que en estos casos, Hesperia, cuyo defecto primordial es el amor propio excesivo, hace lo humano y lo sobrehumano



Hesperia en *Vértigo*

Dibujo de J. Andreu

para triunfar en aquella empresa. Y cuando la película está terminada, Negroni suele decirle:

— Por fin ha hecho usted lo que yo quería.

— ¿Cómo?

— Que me había empeñado en que usted hiciese esta obra, y su amor propio me ha ayudado a conseguirlo.

\* \* \*

Después del conde Negroni, el inseparable de Hesperia es Tulio Carminatti. Desde que la bella actriz entró en la Tiber, sus mejores producciones las hizo al lado de este actor de maneras aristocráticas y de porte distinguido. Han llegado a compenetrarse tanto en estos años de trabajo en común, que no los concebimos separados el uno del otro.

Pero esta unión espiritual sólo existe ante el objetivo. Fuera del estudio cada cual sigue caminos distintos y rara vez sus almas llegan a encontrarse.

Queda, pues, destruída esa leyenda, que alguien hizo circular, afirmando que los amores que en la pantalla sostenían los dos artistas, tenían una continuación en la vida íntima.

En la actualidad, Tulio Carminatti trabaja de nuevo para el teatro, mientras Hesperia prepara en la Tiber *Madame Sans Gène*.

### : : : INDISCRECIONES : : :

Se ha hablado mucho, como decimos antes, de los amores de la Hesperia, y la fantasía populachera señaló a Tulio Carminatti como el favorecido por los encantos de la hermosa mujer.

Si alguna duda nos quedaba, esta separación tan radical de los dos artistas, viene a afirmarnos en nuestra creencia.

No. No es hacia ese lado a donde van las inclinaciones de Hesperia. No es a los hijos de la Farándula, por seductores que sean, a quienes la actriz entregará su corazón.

Si vamos a creer a los indiscretos, un aristócrata intelectual, hombre mundano y excéptico, como un personaje de Zamacois, es amado por la actriz.

¿Será el conde Baldassare Negroni?

\* \* \*

Gusta Hesperia de contemplar sus creaciones en el lienzo, y cuando termina una película se la hace pasar varias veces, para ver sus defectos y tratar de corregirlos en sucesivas producciones.

Pero sufre horribilmente con esta comprobación.

A medida que las escenas van pasando ante su vista, los nervios sacuden su cuerpo como latigazos. Le parece que aquello es muy pobre, que ella puede hacer mucho más, que se equivocó en sus movimientos. En una interviú, ella misma nos explica esta sensación de descontento:

— Cada vez que termino una película voy a verme, pero luego, en cuanto me parece que una aptitud no está lo justa que debía estar, que un gesto hecho de otro modo iría mejor a la situación, que un ademán escapa de los límites del buen gusto, me atacan unos accesos nerviosos que me hacen sufrir de un modo delirante.

No creemos que Hesperia tenga razón para sentirse tan poco satisfecha de su trabajo, pero lo aprobamos. Todos los grandes artistas son unos severos críticos de sí mismos.

\* \* \*

Es Hesperia una de las artistas cinematográficas mejor pagadas de Italia. Pero no ahorra. Su espíritu bohemio y desordenado le impide ahorrar, le impide pensar que un día su belleza se marchitará y que otro día el cine le cerrará sus puertas. Y, entonces, para vivir, tendrá que poner una academia de cinematografía, y, como un sarcasmo, verá proyectarse en algún cine de pueblo o de barrio sus maravillosas creaciones de otro tiempo.

Pero la artista, en pleno apogeo de triunfos, no piensa en el mañana frío y triste como una sepultura. Y, sólo en trajes gasta una fortuna cada año. Y ama el *champagne* y las flores y las sedas y las gasas. Y ama los locos placeres ciudadanos, las doradas fiestas de los áureos cabarets, en los que el cristal, al chocar, suena a cascabeles y a carcajadas.

¿Para qué ahorrar?

Tal vez un día, aun muy lejano, dirá a unas muchachas que le llaman maestra:

— Ahora, señoritas, vamos a ver si imitan ustedes las poses de una actriz famosa, que se llamó Hesperia...

✂ ✂ ✂

**LOS PROYECTOS DE LA  
GRAN ACTRIZ :: ¿A AMÉ-  
RICA? :: ¿A ESPAÑA? ::**

En la actualidad, la hermosa Hesperia continúa trabajando para la Tiber Film, en cuya manufactura tiene firmado un contrato de larga duración.

Sin embargo, nos tememos mucho que, al igual de la Bertini, su arte se resienta algo con la separación de su compañero, de Tulio Carminatti, que compartió con ella el triunfo de sus grandes creaciones.

En una interviú recientemente publicada por un periódico italiano, la popular estrella afirmó que diariamente recibe proposiciones de importantes manufacturas norteamericanas, algunas de ellas tan tentadoras, que la actriz casi se siente inclinada a abandonar la patria de los Césares y trasladarse a la ciudad de los rascacielos.

Por otra parte, en la misma interviú, habla de visitar España, para identificarse con nuestras costumbres, a fin de llevar a la pantalla algunos tipos españoles, que tanta aceptación tienen en los mercados extranjeros.

¿Cual de sus propósitos triunfará?

¿Abandonará Italia?

¿Se dejará tentar por el oro de Yanquilandia?

¿Tendremos ocasión de verla entre nosotros?

He aquí el enigma, que el tiempo se encargará de descifrar.

MICROMEGAS



# TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

## ABONOS

Abono anual, *España y Portugal*: 18 ptas.- *Extranjero*: 25 ptas.

» semestral	»	»	9	»	»	12'50	»
» trimestral	»	»	4'50	»	»	6,25	»

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

## NUESTRO BUZÓN

F. C.—Barcelona.—No conocemos más que a Antonio Moreno y Silvia Mariategui.  
A. L. M.—Sevilla.—Para todo lo relacionado con argumentos, le rogamos se sirva dirigirse a nuestro corresponsal en esa ciudad, pues por el momento, sólo servimos a ellos los cuadernos de que disponemos.

B. B.—Bilbao.—Pueden estar satisfechos. Les ha llegado su turno.

R. C.—Madrid.—Sentimos no poder entablar correspondencia particular para esta clase de asuntos, pues esto nos robaría mucho tiempo. Ossi Oswald trabaja para la Ufa, de Berlín; Priscilla Dean, Universal City, California, y Alice Brady, World Pictures 130 West 43 th. Street, New York. Por ahora no pensamos publicar la biografía de Susana Grandais, por tratarse de una artista fallecida. Lo haremos solamente, caso de que el número de pedidos nos garantice la venta del cuaderno.

Feliu.—Sabadell.—Dirijase a la Unión Cinematográfica Italiana, Via Macerata, número 51, Roma, que reúne una agrupación de las más importantes casas italianas.

R. del V.—Madrid.—La dirección particular de Pearl White, que nosotros conocemos, es solamente a su nombre a Hollywood, California. Creemos preferible se dirija a Fox Studios, 56 th. Street and 10 th. Avenue, New York. Sobre lo que nos dice de su secretario, nada podemos indicarle, pues es cosa común en las estrellas tener uno o varios para preocuparse de su numerosa correspondencia. Dirigiendo la carta a los estudios de la Fox, hay más probabilidades de que la reciba personalmente.

Un ex cow-boy.—Premiá.—Tenemos los argumentos que nos pide. Dirijase a nuestro corresponsal en esa población, haciendo el pedido. No tenemos postales por ahora, pero no tardaremos en hacer una gran edición, muy original.

J. A. C.—Albacete.—Servido el número 7 el 14 del pasado mes.

